

## UN PLAN CUATRIENAL PARA GRAN BRETAÑA

*La situación económica de Gran Bretaña se aproxima a una crisis. Por primera vez no sólo el partido laborista y los economistas de izquierda, sino los altos sacerdotes de la industria y las finanzas, están llegando a la conclusión de que tendremos dificultades en el futuro, de que la economía del "laissez-faire" no resuelve el problema y de que una expansión industrial sostenida y una moneda fuerte en los mercados mundiales, sólo pueden conseguirse mediante la introducción de una decidida planificación económica.*

*Durante diez años nuestra producción industrial anda a la zaga de la del resto de Europa. Desde 1951 dicha producción ha aumentado en un 35 por 100 (del cual un 17 por 100 en dos años); pero la de Europa Occidental se ha elevado en un 82 por 100 y la de la Unión Soviética se estima que ha aumentado en un 158 por 100. Cuando cada tres o cuatro años el Gobierno ha permitido que la producción aumentase, apenas si la expansión se había puesto en marcha al quedar anulada por una crisis de nuestro cambio exterior, dando lugar a nuevas restricciones.*

*Año tras año vamos perdiendo terreno en los mercados de exportación; la participación británica en la exportación mundial de productos manufacturados, que era de un 25,5 por 100 en 1950 y de un 19,6 por 100 en 1955, había descendido a un 15,4 por 100 en el otoño de 1960, y el ritmo de decrecimiento está acelerándose. Nuestra balanza comercial en 1960 fue la más desfavorable desde 1951; sólo nos salvamos de una crisis de nuestras reservas oro mediante una obtención de préstamos masiva (estimada en unos 900 millones de libras) de capital a corto plazo, atribuyendo dinero "caliente" a Londres mediante una costosa política de tipos de interés altos.*

*Está claro que no nos estamos enfrentando ahora con una más en la*

*serie de crisis del cambio exterior de la posguerra, sino con un empeoramiento de la tendencia a largo plazo. Y esto no es la consecuencia de un paralelo debilitamiento del carácter nacional, ni de declinar en el nivel de nuestra habilidad industrial o de nuestra inventiva científica; la culpa la tienen las políticas económicas complacientes y facilonas que han dado lugar al desarrollo de una economía poco dinámica y orientada hacia el interior, incapaz de hacer frente a los problemas de nuestro tiempo. Pero un amplio plan de desarrollo nacional puede crear nuevamente una dinámica y dar sentido a la empresa nacional, recuperando nuestro puesto en el mundo.*

El primer objetivo es asegurar que podemos conseguir, año tras año, un continuado aumento de nuestra producción nacional sin continuos bandazos que nos lleven a crisis del cambio exterior. Afirmar esto es rechazar de plano la tesis conservadora que ha caracterizado con obstinación la política gubernamental desde la época en que Mr. Macmillan ocupó el Ministerio de Hacienda, según la cual la expansión industrial y la solidez de la libra son dos objetivos incompatibles. Tengo la convicción de que el aumento de la producción, siempre que se oriente ésta de manera adecuada, no sólo es compatible con una fuerte posición en el exterior, sino que es la única manera de conseguirla.

La tesis conservadora es una conclusión desalentadora, aunque es una consecuencia bastante lógica de la postura de abdicación económica por parte del gobierno. Sólo porque se niegan a planificar, sólo porque rechazan los controles que únicamente podrían hacer posible una política selectiva de desarrollo económico, sus periódicos intentos de estimular a la economía (por ej. en 1954-55 y en 1958-59), han dado lugar a una desequilibrada e incontrolada expansión de los bienes de consumo para el mercado interior. Esto a su vez perjudicó rápidamente a nuestras exportaciones, obligó a un costoso aumento de nuestras importaciones y dio lugar a una crisis de nuestros pagos exteriores. Y año tras año, el continuo desaliento a la inversión —artificialmente restringida en períodos de crisis y saturada durante los “boom” del consumo, nos ha hecho menos competitivos en los mercados mundiales y ha impedido que la capacidad industrial creciese lo suficientemente deprisa como para evitar la próxima crisis.

## EL ESQUEMA DE LA DECADENCIA

Los tres cuadros siguientes muestran lo sucedido a la posición económica de Gran Bretaña en los diez años de gobierno conservador. En tanto que los aumentos de la producción y de las exportaciones han quedado atrás respecto de los de otros países industriales, el coste de vida ha subido más que en ninguno de ellos excepto Francia.

En cada uno de los cuadros el año base, 1951, tiene un índice 100. Los datos de 1960 corresponden al tercer trimestre. Para la U. R. S. S. el índice de la primera columna corresponde a 1959; los datos soviéticos relativos a exportaciones y coste de vida no son comparables.

<i>Producción</i>		<i>Exportaciones</i>		<i>Coste de vida</i>	
Japón... ..	353	Japón... ..	382	Francia... ..	148
Unión Soviética...	241	Alemania Oeste...	304	Inglaterra... ..	136
Alemania Oeste...	213	Italia... ..	274	Japón... ..	129
Italia... ..	208	Holanda... ..	224	Italia... ..	123
Francia... ..	179	Francia... ..	157	Holanda... ..	121
Canadá... ..	144	Canadá... ..	142	Alemania Oeste...	114
Inglaterra... ..	135	Estados Unidos...	122	Canadá... ..	113
Estados Unidos...	133	Inglaterra... ..	114	Bélgica... ..	111
Bélgica... ..	118				

La respuesta a precios en alza en el interior y a la debilidad de la libra en el exterior es aumentar la producción, no ciegamente y sin un criterio selectivo, sino mediante una intensa concentración en los tipos de inversión industrial que pueden contribuir más a reforzar nuestra base industrial y nuestra posición competitiva. La razón por la que una vez más se habla mucho de devaluación, y la razón de los temores del Ministro de Hacienda ante la idea de un aumento del 4 por 100 de los salarios británicos este año (frente a un aumento del 12 por 100 en los salarios alemanes durante 1960), se explican con un solo hecho: durante la mayor parte de la última década la producción británica ha aumentado a un ritmo del 2 por 100 cada año frente a un ritmo superior al 10 por 100 en Alemania.

El primer objetivo, por tanto, es poner los medios para conseguir un aumento sostenido de la producción. Esto a su vez implica un fuerte aumento de las inversiones esenciales, en nuevos edificios industriales, en plantas y en maquinaria. En 1959 la proporción de la renta nacional británica dedicada a inversión fija en su totalidad era de un 15,5 por 100, frente a un 23 por 100 en Alemania Occidental.

El contraste con la experiencia soviética es aún más notable. Hace un año, Mr. Allan Dulles dijo a la Asociación Americana de Fabricantes: "Los dirigentes del Kremlin dedican casi un 30 por 100 del producto nacional bruto a gastos de capital, en tanto que en los Estados Unidos nos contentamos con un 17 o un 20 por 100." En la misma época, lo previsto para inversión en Gran Bretaña (un 15,5 por 100) era aún más bajo que lo de Estados Unidos, y apenas sí ligeramente superior a la mitad del porcentaje ruso.

El reto de la Unión Soviética a Gran Bretaña y a Estados Unidos no se refiere únicamente a la cuantía de la inversión. Se refiere en mayor medida aún a la dirección de ésta. El éxito soviético es aumentar año tras año los medios de producción, y concentrar en gran medida este aumento en investigación científica, y en los medios de convertir esta investigación en nuevos, poderosos y productivos instrumentos. Análogamente, en el sector de la inversión social los rusos gastan hasta un 10 por 100 de su renta nacional en educación, frente a un 4 por 100 en el caso de Inglaterra, y "producen" cada año 130.000 graduados en Ciencias e Ingeniería, frente a 13.000 en Gran Bretaña.

Frente a este reto, la vergüenza de Inglaterra es que invertimos demasiado poco, y demasiado de lo que invertimos es, desde el punto de vista de las necesidades nacionales, relativamente superfluo e improductivo. El programa de inversión de la sociedad opulenta se ha concentrado fuertemente en edificios de oficinas, viviendas de lujo, televisión comercial y servicios de consumo. Dentro de la industria manufacturerá la inversión se ha desviado fuertemente en favor de los automóviles, bienes de consumo duraderos, alimentos, papel e impresos. Y lo que es peor, aunque en este aspecto no estemos todavía por completo americanizados, una parte demasiado grande de nuestra inversión se dedica a "envejecimiento acelerado", a nuevo equipo para hacer frente a cambios de moda, reales, o artificialmente inducidos, en los modelos de automóviles y otros bienes de consumo.

Por consiguiente, la planificación económica debe dirigirse en primer

lugar a aumentar la inversión, y a aumentarla con criterio selectivo. Debe concederse prioridad a las industrias que fortalecen nuestra base industrial y nos proporcionan los medios para nuevos aumentos de producción, especialmente de aquellos bienes más susceptibles de ser vendidos en los mercados mundiales.

El resultado de esta política será triple.

1. El aumento de la producción no se verá constantemente amenazado por las crisis de la exportación, ya que el sector exportador habrá experimentado un aumento superior al aumento medio. La negativa conservadora a utilizar controles selectivos lleva consigo el que cada crisis ha de ser combatida mediante una disminución general de la producción, que da lugar a aumentos de los costes y frena la modernización y la expansión futura. Pero una economía planificada permite la expansión de los sectores clave del sistema industrial. Cuando son necesarias restricciones, pueden concentrarse en los sectores menos esenciales de nuestra vida nacional.

2. El aumento de la producción nos permitirá bajar los costes y los precios. Esto es socialmente deseable en el interior y esencial para nuestro comercio exterior.

3. La creación de un incremento anual en nuestra producción nacional pone a disposición del gobierno un excedente que le proporciona una libertad y capacidad de maniobra en la política económica con que no hemos contado en ningún momento desde la terminación de la guerra. En la época anterior a la guerra, el paro en masa había creado una reserva potencial de mano de obra y, por consiguiente, un mercado de reserva. La tragedia y la locura de aquella etapa es que aquellas posibilidades potenciales nunca se convirtieron en realidad. Entre 1945 y 1951 el excedente se vio limitado por escaseces de materias primas y de la capacidad industrial, y fue absorbido muy rápidamente en la reparación de las destrucciones de la guerra y en la superación de los efectos de las escaseces de la posguerra en nuestra balanza de pagos. Desde 1951, un vasto excedente potencial surgido de la favorable evolución de los precios de la importación se perdió, en parte como consecuencia de restricciones en la producción, y en parte se disipó en finalidades que no han contribuido en nada a nuestro desarrollo económico.

Ha sido esta falta de un excedente disponible en nuestra producción corriente la que ha dado lugar a las repetidas crisis en la balanza de pagos y a la penosa serie de cortes marginales, pero perjudiciales, en los

servicios sociales. Gran Bretaña ha estado actuando con un margen demasiado estrecho.

Por consiguiente, la planificación económica debe dirigirse a la creación de un excedente anual a disposición del Ministro de Hacienda que pueda ser conscientemente utilizado para fines nacionales —fortalecimiento de nuestras reservas, inversión en el extranjero, ayuda a sectores subdesarrollados, servicios sociales y consumo—. La condena de nuestras políticas económicas durante los pasados años es porque hemos gastado —o comprometido— el excedente antes de que se hubiera producido, dando lugar con ello a que su producción resultase más difícil.

Los argumentos en pro de la planificación son irrefutables. Me ocuparé ahora del mecanismo. ¿Por qué, se preguntará, un plan referido a cuatro años, y no a cinco (como en la India) o a siete (como en Rusia)? Mi primera razón para escoger cuatro años es que comprende aproximadamente la vida de un parlamento normal. Las decisiones esenciales deben adoptarse durante el primer año, especialmente el primer espectacular avance de la inversión industrial. En el tercer año, muchas de las nuevas inversiones deben estar produciendo dividendos, y en el cuarto será posible recoger los frutos desde el punto de vista social y económico. Al mismo tiempo se debe estar trabajando en la elaboración del siguiente plan, a fin de someterlo al electorado y al nuevo parlamento, como parte de un plan más amplio que abarque un mayor número de años.

La finalidad del Plan Cuatrienal es elevar el nivel de inversión y mantener un adecuado nivel de demanda planificada de manera que la producción pueda elevarse a un ritmo razonable.

Al fijar los objetivos nuestro primer deber es garantizar el pleno empleo. Para conseguir esto en 1965-70 no basta desarrollar la industria proporcionalmente al número de los que buscan trabajo. La productividad está aumentando. En 1957-60 aumentó aproximadamente en un 3 por 100 (compuesto) al año. Por consiguiente, si aumentase sólo a este ritmo, pleno empleo en 1965 y en 1970 supondría un aumento de nuestra producción nacional de un 18 a un 19 por 100 en 1965, y de un 40 por 100 en 1970.

Esto no puede ser dejado al azar. Lo que se necesita es un completo plan que abarque a la totalidad de nuestra industria. Debemos empezar por la inversión. Nuestro programa debe asegurar que el volumen de la inversión se eleve cada año de un 1 a un 1½ por 100 de la renta nacional, con un esfuerzo especialmente intenso en los primeros dos años. Si

el plan empezase ahora deberíamos tratar de que el porcentaje del 16 por 100 correspondiente a 1960 se elevase hasta un 18,5 por 100 en el primer año, a un 19,6 por 100 en el segundo, a casi un 20 por 100 en el tercer año y alrededor del 21 por 100 en el cuarto. En el cuadro siguiente doy un modelo de los programas de inversión y producción a lo largo de cuatro años, tomando a 1961 como base de partida. Durante ese período la inversión habrá aumentado en un 50 por 100 y la producción en un 20 por 100 —una media de 5 por 100 anual—. Para resumirlo en una frase: nuestra renta nacional transcurridos los cuatro años, habrá aumentado en 5.000 millones de libras.

## EL PLAN DE INVERSION

	1961	1962	1963	1964	1965
Gasto interior total a precios de 1960 (1) ... ..	25.000	27.540	28.560	29.580	30.600
Inversión (1) ... ..	4.200	5.100	5.610	5.870	6.380
La inversión como porcenta- je del gasto total ... ..	16,8	18,5	19,6	19,8	20,8

(1) En millones de libras.

Paso ahora al problema de la realización de estos programas, tratando en primer lugar de los medios para aumentar la inversión, las repercusiones en el comercio exterior y las manera de estimular a la ciencia y la investigación en la industria. Me ocupo después del plan en relación con los servicios sociales, y de los problemas presupuestarios y de política monetaria, pasando por último a las relaciones entre el plan y los argumentos en pro del socialismo y la propiedad en común.

La ejecución del plan exige un dramático y selectivo aumento de la inversión durante el primer año. Un Consejo Nacional de Inversiones debería ser creado, a fin de determinar para cada una de las principales industrias, tanto públicas como privadas, el ritmo de expansión necesario. Puesto que el acero y otros metales, algunos productos químicos y numerosas ramas de la ingeniería mecánica y eléctrica, deberán ser considerados como sectores prioritarios, el primer salto hacia adelante de-

berá producirse en la capacidad de las industrias que suministran equipo para los mencionados sectores, equipo para la producción de acero, equipo para fábricas de productos químicos, máquinas, herramientas, producción de máquinas automáticas. Una especial atención deberá dedicarse a las industrias que producen equipo auxiliar: rodamientos a bolas, equipo de forja, mecanismos de expulsión, aparatos electrónicos, motores de pequeña potencia y muchos otros.

Lo importante es que los diversos programas se relacionarán los unos con los otros; en la empresa privada no controlada, los programas de expansión no están coordinados ni en el tiempo ni en su escala. Incluso en el que en la actualidad se considera como sector planificado, se ha descubierto que la industria del acero y las industrias del combustible y de la energía, han estado operando con hipótesis de expansión diferentes, y durante el último cuarto de siglo ha sido raro que las industrias productoras de acero y las consumidoras aumentasen su capacidad de una manera coordinada. El precio de esto lo hemos pagado en costosos programas de importaciones de urgencia.

Las dificultades para llevar a cabo los programas de inversión variarán de unas industrias a otras, y especialmente entre las industrias de propiedad pública y las de propiedad privada. La historia de los últimos años ha subrayado el carácter "planificable" de la industria pública. Las decisiones del Gobierno de reducir las inversiones, aunque mal acogidas, han obtenido una rápida respuesta por parte de los consejos de las industrias públicas. De hecho, su asentimiento ha significado que el Gobierno conservador, incapaz o poco dispuesto a controlar el sector privado salvo mediante las romas y poco eficaces armas monetarias, ha impuesto un desproporcionado y perjudicial corte en los programas de inversión de las industrias nacionalizadas. Pero las industrias de propiedad pública han demostrado también su capacidad de reacción ante las políticas expansionistas. En el otoño de 1958, cuando el Gobierno temía que su política deflacionista hubiera ido demasiado lejos en el año anterior a unas elecciones, una parte esencial de su política antideflacionista consistió en pedir a las industrias nacionalizadas que aumentasen sus programas de inversión. Dieciocho meses más tarde estos programas eran nuevamente cortados.

El Plan Cuatrienal deberá proporcionar a las industrias de propiedad pública un claro programa de inversión que comprenda toda la duración del plan. Deberá desde luego coordinar en todas las industrias los



programas de exportación y los de inversión pero, una vez decididos, las industrias afectadas deberán tener todas las seguridades de poder seguir adelante, sin obstáculos derivados de cambios en la política gubernamental, al menos durante los cuatro años siguientes.

Es casi seguro que el programa de inversión de la industria pública se cumpla al pie de la letra. Esto será más difícil en el sector privado. En este último caso el Gobierno tiene tres armas principales en su arsenal: seguridad en los pedidos, fiscalidad y competencia por parte de la empresa pública.

El garantizar los pedidos se ha utilizado por los gobiernos de ambos partidos a fin de alentar la inversión en los sectores privados. El pedido en firme por parte del Gobierno laborista del nuevo tractor oruga pesado proyectado por el consorcio Vickers-Olding consiguió que su producción se llevase adelante; los conservadores desarrollaron la producción de titanio por parte de la ICI de una manera parecida. En los casos que proceda, el Gobierno, al tratar con industrias que vacilan o se muestren reacias, debe estar dispuesto a afrontar el riesgo inherente a un programa de expansión de su equipo.

La fiscalidad es una arma más general. Bonificaciones iniciales, así como la invención de Mr. Butler de la bonificación a la inversión —un subsidio directo a la inversión de capital— han sido y siguen siendo usadas. Un Gobierno laborista podría usarlas de manera selectiva, garantizando bonificaciones a la inversión especiales a los programas de inversión de determinadas industrias, o a programas que hubieran sido declarados de interés público por el Ministerio de Hacienda. No obstante, un plan mejor y no menos selectivo, y más susceptible de fomentar la mentalidad inversionista en la industria británica, se basaría en bonificaciones fiscales mucho más generosas, combinadas con controles físicos tales como la concesión de licencias para construir, a fin de relegar a segundo término los proyectos menos esenciales.

Se necesita urgentemente una reforma en la reglamentación fiscal de las Rentas del Interior (1) en relación con las amortizaciones y gastos de reposición de capital. Los porcentajes permitidos en la actualidad son, en gran parte, los adecuados a un criterio de gasto en equipo capital que hubiese de durar un siglo. Hay muchas razones en favor de un sistema en el cual los empresarios tuvieran libertad para amortizar en el

---

(1) "Inland Revenue" en el original.

primer año y siguientes la proporción que quisiesen de sus gastos en nuevo equipo, siendo la empresa, y no la Hacienda, la que decidiese acerca de dicha proporción. Si el dinero preciso para esta amortización más rápida hubiera de obtenerse mediante una tasa sobre la industria, o mediante un simple aumento del impuesto sobre beneficios, entonces todo el sistema fiscal tendería a penalizar a los indolentes, y alentaría a los emprendedores o a los que tuvieran mentalidad inversora.

### LA PROPIEDAD PÚBLICA

La tercer arma es la propiedad pública. Cuando una empresa o industria rehusa satisfacer la demanda prevista en el plan nacional, nos encontramos con un caso que justifica claramente la propiedad pública. Análogamente, hay también muchas razones en pro del establecimiento de fábricas competitivas propiedad del Estado, destinadas a suplementar la producción industrial y a estimular la eficacia de las empresas ya existentes. Pongamos un ejemplo. Es evidente que durante los últimos años la industria de máquinas herramientas no ha sido capaz de satisfacer plenamente las necesidades nacionales, tanto desde el punto de vista de la cantidad como desde el de la producción de determinados tipos, tales como maquinaria especial de transporte. La consecuencia han sido importantes y crecientes importaciones, de manera que en 1960 había únicamente un pequeño margen entre las exportaciones y las importaciones.

En lugar de un radical programa de expropiación y nacionalización de la industria, creemos que hay sólidas razones en pro del establecimiento de fábricas de máquinas herramientas propiedad del Estado, especializándose particularmente en aquellos tipos de maquinaria en los que la industria actual presenta un déficit.

He llamado la atención acerca de la brusca y acelerada disminución del porcentaje británico en la exportación mundial de artículos manufacturados. Año tras año hemos fracasado en nuestro intento de incrementar nuestros envíos al exterior lo suficiente para pagar nuestras importaciones, y proporcionarnos un excedente para atender a las necesidades de nuestras inversiones en el exterior y a nuestra indudablemente inadecuada contribución a las necesidades de las zonas subdesarrolladas en las colonias y en otras partes.

En 1954 Mr. Butler decía que nuestra balanza de pagos en transaccio-

nes corrientes no debía ser inferior a 300 millones de libras; cuatro años más tarde, teniendo en cuenta la elevación de los precios, el Ministerio de Hacienda establecía como objetivo la cifra de 450 millones de libras. De hecho, durante los últimos cinco años los resultados han sido los siguientes: 1956, + 192 millones de libras; 1957, + 234 millones; 1958, + 349 millones; 1959, + 139 millones, y en 1960 un déficit comprendido entre 150 y 200 millones. En 1960, con un 6 por 100 de alza en las exportaciones respecto del pobre resultado de 1959, las importaciones se habían elevado en un 14 por 100; las exportaciones invisibles habían empeorado, en parte debido a los pobres resultados de la industria del petróleo, y en parte al fantástico aumento de los gastos militares gubernamentales en el extranjero. En aquella época nuestras reservas sólo pudieron salvarse de unas devastadoras pérdidas recurriendo a préstamos muy costosos.

El plan debe atender a una nueva coordinación entre la producción nacional y las exportaciones. Esto exigirá cambios fundamentales en la política económica general, en nuestra diplomacia económica, y en el potencial exportador de nuestra industria —en otras palabras, unos nuevos criterios de prioridades en nuestra política presupuestaria.

Igualmente importante debe ser nuestro enfoque del problema de los mercados. Todavía estamos lejos de resolver el problema de nuestras relaciones con los Seis y con los Siete. Mientras tanto, perdemos terreno, no tanto como consecuencia de desviaciones de las corrientes del comercio derivadas de la discriminación de las tarifas aduaneras, como a causa de la desviación de inversiones productivas.

En los mercados cuantitativamente más importantes de la Commonwealth, estamos cediendo terreno año tras año a Alemania, al Japón y a los Estados Unidos. Una de las principales críticas que pueden hacerse al Gobierno conservador es su responsabilidad en deshacer el Area de la Libra como unidad comercial. Gran parte del daño hecho no puede ser reparado ahora, pero todavía hay lugar para una serie de acuerdos comerciales a largo plazo con los países de la Commonwealth a través de los cuales, mediante comercio estatal y otros medios, podríamos comprometernos a importar cantidades determinadas de sus materias primas a cambio de un aumento de las exportaciones de productos británicos. En el amplio campo del comercio internacional también podría hacerse mucho a fin de mantener e incrementar la demanda de los países productores de materias primas mediante la negociación de acuerdos internacio-

nales relativos a diversos productos, de manera que se les proporcionase una razonable estabilidad en sus precios y se les garantizasen mercados.

El comercio Este-Oeste —especialmente con China y con Alemania Oriental, con las que perdemos posibilidades de exportar a causa de obsesiones diplomáticas— podría aumentar considerablemente con especialidad en la exportación de factorías y plantas completas.

Pero para aumentar las exportaciones debemos hacer un nuevo despliegue de nuestras industrias, a fin de producir más de aquellos productos que el mundo pide. Lo que en la actualidad vendemos es principalmente el excedente de la sociedad opulenta, y nuestras nuevas inversiones están dirigidas mucho más decididamente hacia la satisfacción de las necesidades del mercado interior de consumo que a los mercados de exportación. La negativa gubernamental a llenar el bache de nuestra estancada economía hace tres años mediante una decidida ayuda a las inversiones esenciales, significó que en 1958-59, cuando el Gabinete se asustó ante el aumento del paro, trató de promover un “boom” en la demanda de consumo, que a su vez dio lugar a un “boom” en la inversión del equipo necesario para la producción de artículos de consumo.

Cuando el “boom” se presenta en la demanda de zumo de naranja y máquinas de lavar, la nueva inversión a que da lugar es en la maquinaria y factorías utilizadas en la producción de estos artículos, y el mercado exterior para este tipo de productos es sumamente limitado. Por consiguiente nuestros programas, industria por industria, deben dar lugar a una dramática expansión de la capacidad de producción de máquinas herramientas, combustible y centrales eléctricas, acero y equipo para la fabricación de factorías químicas, maquinaria agrícola y de movimiento de tierras, y otros productos que son y serán de urgente necesidad en los mercados mundiales, y no únicamente en aquellos del opulento Oeste.

La industria no necesita solamente de expansión y mecanización; necesita ser imbuida de la revolución científica. Pocas —sólo unas pocas— industrias británicas tienen un buen historial en el campo de la investigación. La industria británica gasta casi tanto en publicidad para el consumo y promoción de ventas como en investigación científica y, aun así, una gran parte de los gastos en investigación de la industria están sufragados directa o indirectamente por el Gobierno. En algunas de nuestras industrias clave, la investigación, en sentido moderno, es prácticamente desconocida. Un reciente informe del Gobierno mostraba

que empresas cuya producción de máquinas herramientas ascendía a un 90 por 100 del total nacional, empleaban entre todas ellas a 25 graduados en Ciencias o Ingeniería. En construcción naval, en la que actualmente Inglaterra es un importador neto, la hoja de servicios es pa-recida.

Como nación producimos demasiados pocos científicos, y los que tenemos están distribuidos de una manera grotesca. Aún es más serio el bache entre el trabajo científico y su aplicación industrial. En tanto que nosotros concedemos a este problema una prioridad considerablemente inferior a la de la publicidad, nos encontramos con una Unión Soviética que ha concedido prioridad absoluta a la aplicación de la Ciencia a la industria, y que ha creado una serie de comités de alto nivel representando tanto a la Ciencia como a la industria, que cubren sectores de la economía tales como la industria química, aviación, construcción naval, máquinas herramientas y plantas industriales, agricultura y edificación.

#### LA CIENCIA Y EL FUTURO

La presente política gubernamental en relación con la formación de científicos e ingenieros cualificados es completamente inadecuada. Se pretende un aumento de la producción anual desde unos 12.000 en 1956 hasta unos 20.000 al final de la década del sesenta —apenas los suficientes para atender a la normal expansión de las industrias consideradas. No existe ninguna previsión para crear los científicos y técnicos suplementarios que serían precisos para hacer que la industria británica fuese más “científico-intensiva”, ni tampoco para mejorar nuestras industrias más atrasadas, ni para la oferta de científicos a las colonias y otros territorios subdesarrollados, ni para mejorar el número o la calidad de los claustros dedicados a la enseñanza científica.

En el folleto del partido laborista “La Ciencia y el futuro de Gran Bretaña”, se propone que la producción de científicos e ingenieros se multiplique por cuatro en los próximos diez años. Esto no es, desde luego, demasiado ambicioso, pero incluso esto exigiría importantes cambios en la estructura de nuestro sistema educativo y en las prioridades establecidas. Y la primera tarea debe ser aumentar el número y *status* de los profesores de Ciencias, la semilla de la cosecha científica. Son necesarios no sólo para formar a los científicos, sino también a los técnicos y auxiliares en una proporción de cuatro por cada científico.

El segundo problema es el de su redistribución. Los científicos que que disponemos en la actualidad están francamente mal distribuidos. Demasiados de ellos están dedicados a costosas e inútiles investigaciones de proyectiles, siendo los mal dirigidos servidores del Gobierno en su vana lucha en pos del prestigio militar. Pero un número aún mayor está empleado en las industrias del consumo buscando, no la manera de aumentar la eficacia o de obtener productos genuinamente buenos, sino nuevos aditamentos o mecanismos, que habrán de permitir a los agentes de publicidad correr a las pantallas de televisión con la pretensión de nuevas y en muchos casos innecesarias variantes de productos ya perfectamente adecuados. Rectificar las prioridades entre la publicidad, y el vasto ejército de investigadores que proporcionan su tema al anunciante, por una parte, y la investigación científica, por otra, es una de las principales tareas de un Ministro de Hacienda laborista armado con medios presupuestarios y de otra índole, para imponer sus decisiones.

El tercer problema es aumentar el volumen de la investigación industrial e influir sobre su dirección. Será precisa la concesión de mayores becas y fondos de estudio al Departamento de Investigación Científica e Industrial, pero esto no es suficiente. A las asignaciones de fondos con destino a la investigación científica se les debe conceder una mayor prioridad fiscal, y el Gobierno no debe dudar en encargar investigaciones, tanto a la industria privada como a la pública. Un primer paso en este sentido fué dado por el Gobierno laborista de la posguerra con la Compañía Nacional para el Desarrollo de la Investigación (2), que fué facultada para hacerse cargo de inventos realizados en las universidades y en los centros de investigación gubernamentales, así como de trabajos de inventores privados y de desarrollarlos hasta convertirlos en realidades industriales. El cerebro electrónico de la Universidad de Manchester y el Hovercraft son sólo dos de sus éxitos. Pero es preciso seguir adelante.

Lo que se necesita es un sistema de investigación patrocinada por el Gobierno, así como contratos de desarrollo e industrialización de inventos en la esfera civil. Los contratos para el desarrollo de aviones de caza y proyectiles dirigidos nos son bien conocidos. Es preciso extenderlos a fin de que abarquen campos tales como el perfeccionamiento de nuevas máquinas herramientas, un telar sin lanzadera inglés, nuevos métodos de

---

(2) "National Research Development Corporation", en el original

soldadura en la construcción naval y otros proyectos civiles en los que, con un gasto relativamente pequeño de dinero público debidamente controlado y dirigido, podrían revolucionarse algunas de nuestras industrias clave. Gran Bretaña nunca podrá convertirse de nuevo en la fábrica del mundo, pero sí podemos convertirnos en su planta piloto.

La planificación a largo plazo de los servicios sociales es necesaria por tres razones. En primer lugar es preciso establecer explícitamente en el plan una creciente y más adecuada asignación para la seguridad social, a fin de garantizar la disponibilidad de los recursos correspondientes, tanto físicos como financieros. El plan existe para el pueblo, y los servicios sociales del pueblo son el medio principal con que cuenta el Estado a fin de atender con seguridad a aquellos que más lo necesitan. En segundo lugar, los servicios sociales —educación, el Servicio de la Salud (3), vivienda, así como una mucho mayor asignación para el arte, recreo y deportes— son un elemento importante en el programa de inversiones, y deben ser planificados con la misma precisión que las inversiones de la industria pública y privada. En tercer lugar, el desarrollo de servicios tales como educación, salud pública y vivienda son esenciales para el cumplimiento del plan económico.

El programa de educación, incluyendo el programa de expansión de la universidad, necesitará ser aumentado en mucha mayor medida que los planes conservadores existentes en la actualidad. Aun cuando el presente Gobierno se propone aumentar los gastos de educación desde 700 millones de libras en 1960 a 1.050 millones en 1970, esto representa una previsión inadecuada en cuanto a la oferta de científicos y técnicos, y no incluye ninguna previsión a fin de poner en vigor el Informe Crowther. Un Plan Cuatrienal que empezase ahora necesitaría un aumento de por lo menos 300 millones de libras respecto de los gastos actuales previstos, y sería preciso incluir las estimaciones de los gastos —en equipo y corrientes— correspondientes en el plan.

La primera tarea del Servicio de la Salud sería establecer de nuevo el servicio gratuito creado por Aneurin Bevan. La supresión de las cuotas es probable que cueste 45 millones de libras al año, pero no es eso todo. Los conservadores han aumentado al triple el sello para atender al seguro de salud, desde 10 peniques a la semana en 1951 a 3 chelines 4 pe-

---

(3) "Health Service", en el original. En cierto modo análogo a nuestro Seguro de Enfermedad, pero extendido a toda la nación.

niques en la actualidad; el producto de su recaudación era de 40 millones de libras en 1951 y pasará a ser 161 millones en 1961-62. El partido laborista se ha opuesto enérgicamente a esta creciente dependencia de un impuesto regresivo, y pretende que el servicio sea financiado en mucha mayor medida a partir de la fiscalidad general.

El equilibrio entre el impuesto de capitación y la contribución de la Hacienda no es una cuestión que afecte a la atribución de recursos nacionales al servicio como tal; es sencillamente un problema de justicia fiscal. Cada año que pasa las razones para incorporar el Servicio de la Salud y sus contribuciones al sistema general del Ministerio de Hacienda son más poderosas y, en tanto los beneficios y prestaciones para tratamientos deben hacerse en función de las necesidades, al establecer las contribuciones deben fijarse éstas en función de los medios. La existencia de dos sistemas de imposición independientes, uno referido a la capacidad de pago y actuando de manera progresiva a medida que aumenta la renta, y otro de capitación, sin tener en cuenta los medios, no puede ser defendido por un socialista.

En el sector de la vivienda, la primera necesidad es aumentar grandemente la proporción de viviendas construidas por las autoridades locales que puedan ser alquiladas a los que más las necesiten. La cifra actual de 125.000 al año debería aumentarse por lo menos a 225.000, si bien en la medida en que esto dé lugar a una correspondiente disminución del número de viviendas actualmente construidas por la empresa privada para ser vendidas, no supondrá una demanda adicional de recursos físicos. El problema es en gran parte administrativo y financiero.

El plan del servicio social requiere evidentemente que se tenga plenamente en cuenta el nuevo enfoque laborista al problema de las pensiones de jubilación, inutilidad, enfermedad y subsidio de paro. Se están realizando importantes trabajos en torno a estas cuestiones, y lo único que cabe decir aquí es que el plan deberá prever pensiones base más adecuadas, así como una fórmula automática que relacione cada año las pensiones con el nivel de salarios y la prosperidad nacional. Lo que Mr. Crossman ha llamado "ayuda para todos", y la implantación de esta idea, tanto mediante cambios en el sistema de seguridad social, como mediante medidas legislativas que establezcan unas condiciones mínimas en la industria, deberán ser parte principal del Plan Cuatrienal.

Cuando el conjunto de los recursos económicos de una nación son objeto de planificación, fijándose de manera especial en los recursos reales,



como sucede en tiempo de guerra o en un plan nacional de desarrollo, el papel del sistema financiero tiene carácter subordinado. La labor del Ministro de Hacienda es adoptar las medidas adecuadas, por medio de los instrumentos fiscales y monetarios, para garantizar el cumplimiento del plan.

El Ministro de Hacienda debe hacer el plan de sus presupuestos con dos fines principales: el cumplimiento del plan y la realización de la justicia social. Como nos recordaba Aneurin Bevan, como nación hemos pagado frecuentemente un fuerte precio por el hecho de que, en tanto las principales políticas económicas y los procesos industriales tardan años en madurar, nuestra política fiscal y financiera sigue todavía ligada al "horario" de una sociedad pastoral, al período en el que la tierra realiza su previsto viaje alrededor del sol. Por consiguiente, el Ministro de Hacienda deberá tratar de estructurar su presupuesto anual refiriéndose a períodos más largos.

#### EL PRESUPUESTO Y EL PLAN

Por tanto, el Ministro deberá empezar a hacer el plan de su presupuesto tomando como base los compromisos conocidos en cuanto a gastos gubernamentales, incluyendo los administrativos, los servicios sociales (con la extensión que hemos sugerido anteriormente), defensa y las especiales provisiones que debe establecer como Ministro a fin de que el plan se realice, especialmente en lo que se refiere a ayuda a la inversión en los sectores públicos y privado. A continuación debe tratar de conseguir el equilibrio de la economía, considerada como un todo, de acuerdo con sus estimaciones acerca de la demanda total que vaya a producirse sobre los recursos nacionales (incluyendo el excedente de la exportación), y basar su estrategia presupuestaria en el volumen del excedente necesario a fin de protegerse contra la inflación. Considerando a la demanda del consumo como el sector residual —y no, como hasta ahora, a las exportaciones y la inversión— deberá establecer sus impuestos de acuerdo con esta estrategia.

Dentro de esta estrategia deberá introducir cambios —tales como los sugeridos en la sección dedicada a la inversión— destinados a estimular la inversión productiva. De acuerdo también con esta estrategia, deberá introducir los importantes cambios que son necesarios en nuestro siste-

ma impositivo, para que le pueda ser posible afirmar que el presupuesto es un instrumento real y efectivo de justicia social.

No soy pesimista en cuanto a las implicaciones presupuestarias del programa económico y social que he expuesto. El plan "modelo" reproducido anteriormente daría lugar en su cuarto año a una renta nacional superior en unos 5.000 millones de libras al nivel del año 1960. Con los presente tipos de imposición, los ingresos del Gobierno aumentarían automáticamente en unos 1.700 millones de libras, más de lo necesario para los programas de inversión económicos y sociales.

Y estas previsiones no tienen en cuenta el producto adicional derivado de una auténtica campaña contra la evasión fiscal, mediante medidas contra los trusts de evasión fiscal, mediante la supresión —al menos parcial— de las bonificaciones fiscales concedidas a los gastos de representación en los negocios, a través de medidas destinadas a convertir los impuestos sobre la propiedad en una realidad, mediante medidas fiscales conducentes a eliminar los excesos de la publicidad, y por medio de un impuesto sobre los beneficios de capital. El cumplimiento del plan no exigirá cargas fiscales netas adicionales durante su periodo de vigencia, y lejos de estar en pugna con los imperativos de la justicia social, sólo podrá realizarse haciendo que estos imperativos se conviertan en una realidad.

El campo de la política monetaria es demasiado amplio para que entremos en detalles. La City de Londres debe ser el lubricante financiero de la máquina económica, no su conductor. Debe haber una clara ruptura con las políticas monetarias de los últimos diez años, tan minuciosamente analizadas por el Comité Radcliffe. La política monetaria tendrá un papel que desempeñar, pero será un papel secundario; sobre todo, el fútil intento de regular la economía a través de una exagerada confianza en tipos de interés excesivos y costosos, tendrá que ser abandonado.

Debo ser franco acerca de esto. Habrá que decidir de una vez para siempre que un Gobierno responsable ante un Parlamento democrático, y no una Bolsa especuladora e irresponsable, habrá de ser el que proporcione la fuerza directriz de nuestra vida económica e industrial. Una vuelta a la imposición diferencial de los dividendos distribuidos, un doble sistema de tipos de interés —proporcionando capital a tipos bajos para fines esenciales desde el punto de vista del interés nacional— y la implantación de un impuesto sobre los beneficios de capital, dará lugar, desde luego, a grandes cambios en nuestras prácticas financieras; podrán

ser necesarias otras medidas fiscales a fin de restablecer el equilibrio entre inversión auténtica y especulación en la actuación de nuestras instituciones financieras.

Es también esencial el asegurar que nuestros recursos no sean desperdiciados en costosas filtraciones al extranjero; el interés nacional debe prevalecer sobre el punto de vista del lucro, tanto en el interior como en el exterior. Durante los últimos años se ha ido al extranjero demasiado capital bajo la sagrada etiqueta de "inversiones exteriores", gran parte de él por razones ajenas a finalidades esenciales, tanto nacionales como internacionales, y parte de él por motivos claramente especulativos. Entre otras medidas, será necesario restablecer los poderes del Comité de Emisiones de Capital a fin de regular la inversión privada exterior, y suprimir las especiales bonificaciones fiscales concedidas a las sucursales extranjeras de empresas británicas.

Creemos haber puesto claramente de manifiesto que la realización del plan nacional debe ser el comprobante de la eficacia de las principales medidas que se adopten en el campo de la política económica y financiera. Creemos que la misma prueba deberá aplicarse a las decisiones que un futuro Gobierno laborista tendrá que adoptar en relación con la extensión de la propiedad pública.

La controversia de hace un año en torno a la Cláusula Cuarta terminó, en gran parte, con la aceptación de que los objetivos sociales y económicos del laborismo sólo pueden alcanzarse mediante un aumento de la propiedad pública, lo suficientemente importante como para poner en manos de la comunidad el control de los principales resortes de la economía. El problema todavía pendiente de solución es cuáles son esos resortes.

Desde el punto de vista del plan, los principales resortes que habrán de pasar a ser propiedad pública son claramente aquellas industrias o empresas que es preciso sean propiedad pública si el plan ha de realizarse. En recientes elecciones los criterios adoptados variaron, y no siempre fueron fáciles de explicar; esto sucede cuando se combina el mínimo de intención con el máximo de provocación.

El relacionar nuestras propuestas de extensión del sector público, con la realización de un plan destinado a restablecer la posición de Gran Bretaña en el mundo, no solamente resolverá el problema de identificar las industrias que son realmente resortes clave; hará también mucho más fácil la tarea de convencer al electorado de su necesidad. En lugar

de nuestras anteriores posturas, defensivas y casi avergonzadas, podremos demostrar que mediante nuestra política de nacionalizaciones, y sólo mediante esa política, es posible llevar a cabo un plan esencial para el futuro de Inglaterra.

*El partido laborista dispone de dos años, como máximo, para resolver sus problemas internos y aparecer ante el electorado, no solamente unido, sino decidido en cuanto a una política socialista que es la única que puede hacer frente a las necesidades de las décadas del 60 y del 70. Un Plan Cuatrienal destinado a recrear la conciencia de unos fines nacionales, y a garantizar un ininterrumpido desarrollo económico y una auténtica justicia social, nos permitirá recuperar para el laborismo y para la nación la dinámica que hemos perdido.*

HAROLD WILSON